

LA HERMOSA CARNICERA¹

A los ocho años iba ya al mercado todas las mañanas; pero iba solamente de siete a nueve, a aprender, antes de ir al colegio, donde se enseña a los niños tantas cosas vanas e inútiles, pero donde también se les enseña a contar.

A los trece años ya la instalaron sola ante el mostrador: y desde entonces empezó a ir a las tres de la madrugada, sin faltar un solo día, ni aquellos que fueron de “revolución” con tiros por las calles, ni los festivos, en que las obreritas de su edad se van alegremente a bailar o a alguna playa cercana.

Trece años, las tres de la mañana, y con su cestita al brazo, “apa” al mercado, ¡a trabajar!

¡ “Apa, y apa y apa!”

Sin pena ni envidia, contenta y orgullosa de cumplir su misión en la vida, en esta vida en la que – bien lo sabía ella – “todo lo que no sea ganar la peseta es ficción”.

Hoy han cambiado mucho las cosas; ya nadie va al mercado hasta después de las cinco, y ella... ella va a veces a las siete y media, porque está hecha una burguesa; y en la sonrisa con que lo confiesa hay un poco de orgullo y un poco de vergüenza.

A las siete y media, después de desayunarse con un vaso de café con leche, se instala detrás de su mostrador, llenándose los ojos con esas carnes sangrantes de que se alimenta dos veces.

A las dos y media se va a su casa a reunirse con su marido, que llega del Matadero, donde está empleado, y con sus hijas, a comer la escudella cotidiana, salvo los jueves y domingos, en que el plato tradicional se sustituye por un arroz.

Y hasta las cinco descansa en verdadera burguesa, o sea realizando las faenas de la casa. Luego, vuelta al mercado, hasta las ocho, y a casa, a cenar y acostarse.

¹ *Ahora*, 8. 9. 1931, p. 11. Este periódico, que empezó sus publicaciones en 1930, y llegó a ser uno de los más difundidos en la época republicana; sus artículos demuestran interés por las condiciones de vida de las clases populares y aún por los ambientes marginados. *Magda Donato* trabajó mucho en este medio publicando artículos y reportajes a menudo centrados en la actividad de las mujeres. En especial se dedicó al acceso de las mujeres al mundo laboral; siempre defendió el derecho de las mujeres a la educación y al trabajo, puesto que sostenía que la independencia económica era el único camino para lograr una plena dignidad como individuo. En este reportaje, perteneciente a la serie “Cómo vive la mujer en España”, la escritora ensalza, con la ironía que caracteriza su estilo, el amor al trabajo de una carnicera catalana. Efectivamente, en Cataluña se encontraba en la época el mayor porcentaje de mujeres trabajadoras.

Nunca sale de noche, porque esto perjudicaría su trabajo – que no conoce ni domingos ni días festivos -: pero esto no quiere decir que no se distraiga: va con su marido al teatro alguna que otra tarde, en que abandona el puesto a manos mercenarias.

Lo abandona materialmente: pero bien sabe Dios que, frente al espectáculo ficticio de la obra dramática, su espíritu permanece lejos, allá, en el mercado, cerca de las carnes y de las compradoras.

No va nunca al teatro en domingo, porque entonces las localidades están más caras, y la peseta que se gana con el propio trabajo debe gastarse con más trabajo todavía.

Por la misma razón, ella va al teatro “a público”; pero desde esta altura ve perfectamente el escenario, y también ve las butacas donde se pavonean muchos señorones que le deben a ella la carne que comen y no tienen para pagársela.

La carnicera tiene en su vida un problema cuya índole sería difícil determinar si es sentimental o comercial: el de saber si sus dos hijas servirán para sucederla en el negocio.

No se trata de si tendrán o no afición; casi desde que nacieron, su madre se ha cuidado de inculcársela.

Creo que la directora del colegio donde se están haciendo unas verdaderas señoritas ha encontrado en la mayor disposiciones intelectuales que bien pudieran encaminarla hacia la Pedagogía. Pero la madre ha puesto el grito en el cielo. ¡Su hija maestra! ¡Su hija lejos del mercado! Tanto valdría que se metiera monja o se hiciera vegetariana.

No. Afortunadamente, no hay lugar a duda: estas hermosas criaturas le tienen ley al oficio, y hay que oírlas declarar: “Me gusta cortar la carne”, con la voz que pudiera tener el tierno retoño de un ogro para decir: “Me gusta la carne humana.”

La cuestión, el problema está en si las chicas servirán o no. He ahí en lo que estriba la grave preocupación de esta madre prudente, sabedora de que la afición y el aprendizaje no bastan para el arte – de hacer versos, vender carne o pintar cuadros – que requiere, además, algo innato, indefinible, algo que se lleva dentro del alma.

La hermosa carnicera vive rodeada de bienestar en un piso de alquiler elevado, amoblado con lujo.

Ella, a quien horas antes conocí en el mercado, envuelta en una bata blanca maculada de sangre, me ha recibido en su casa vestida de negro, con depurada elegancia.

Y me ha obsequiado con un bien servido refrigerio, mientras sus hijas ejecutaban al piano la serenata de Malats.

Recuerdo que, durante la gran guerra, los diplomáticos de la Sociedad de las Naciones se entretenían en calificar los diferentes países beligerantes de la manera siguiente: “Un inglés, un idiota; dos ingleses, un “match” de boxeo; tres ingleses, una gran nación. “Un alemán, un bebedor de cerveza; dos alemanes, dos bebedores de cerveza; tres alemanes, un ejército”; etc., etc.

Y pienso: “Una mujer como ésta, una carnicera catalana; dos mujeres como ésta, dos carniceras catalanas; tres mujeres como ésta, la riqueza de un país”.

Magda Donato